





F. 1. 6. 11 005.810

MANIFIESTO
QUE DA AL PÚBLICO
EL TENIENTE GENERAL
DON MANUEL FREYRE,
PARA HACER CONOCER SU CONDUCTA
EN EL TIEMPO QUE TUVO EL MANDO
DEL EGÉRCITO REUNIDO DE ANDALUCIA,
Y PARTICULARMENTE
DESDE LOS SUCESOS ACAECIDOS
EN LA PLAZA DE CÁDIZ Y EN EL EGÉRCITO
DESDE EL 9 DE MARZO DEL PRESENTE AÑO
HASTA EL 28 DEL MISMO QUE ENTREGÓ
EL EXPRESADO MANDO.

SEVILLA : IMPRENTA MAYOR. 1820.



En un tiempo en que por la variedad de los acontecimientos, por la importancia de ellos, y por el interes que envuelven para todas las gentes, se habla, se escribe, y se opina con tanta variedad, lícito será á un Militar que en circunstancias tan críticas ha estado á la cabeza de las fuerzas militares mas considerables de la Nacion, y en el teatro en que han ocurrido escenas mas desagradables, que exponga la verdad de estas ocurrencias, fijando el juicio del público á cerca del concepto que debe formarse de sus operaciones. Me propongo pues referirlas con la mayor sencillez : no trataré de encarecer ni ponderar : al juicio de cada uno pertenece darles el valor que tengan : me abstendré tambien de dar el menor colorido á los sucesos. Mi defensa consiste en la verdad : esta no necesita de atavíos, y mi pluma no es ciertamente propia tampoco para emplear los adornos de la elocuencia. Los hechos á

que me referiré han pasado á vista de un Ejército y de una Ciudad populosa ; ellos no podrian ocultarse aunque yo lo intentara : apelo pues á tales testigos para que califiquen mis aserciones.

Escribo sin tener á la vista muchas piezas que podrian serme de utilidad; las unas porque existen en la Secretaría del Ejército, donde deben tener su destino, las otras porque la premura del tiempo en que las escribí, la situacion en que á la sazón me hallaba, y la actividad en que he estado no me han permitido sacar copias. Tengo pues que referirme en muchas cosas á recuerdos, y mas todavía á los sentimientos de mi corazón, y lo hago con la confianza que inspira la inocencia, seguro de que no caeré en contradiccion con lo que antes haya dicho, aunque no lo estoy tanto de mi memoria, que pueda asegurar que no se me olviden varios puntos sustanciales, porque en una acumulacion tan grande de negocios, todos árduos, imposible parece que la debilidad de los sentidos pueda conservarlos.

Bien notorio es que en principios de Enero de este año se alzaron varios cuerpos

del Ejército expedicionario de ultramar, y publicaron la Constitución Política de la Monarquía Española dada por las Cortes Extraordinarias en Cádiz el año de 1812. Toda la Nación estaba, y permaneció por entonces en la mayor tranquilidad: el gobierno residía únicamente en el Rey; y tanto los pueblos como las Autoridades civiles y militares obedecían sin restriccion. Fue pues considerado dicho alzamiento como producido por el descontento de varios particulares, sin que tuviese conexiones con Provincias ni con pueblos, pues todos siguieron obedeciendo al Rey como antes, y S. M. dispuso un Ejército para reprimir á los sublevados, del cual se sirvió conferirme el mando. Por muy desagradable que me fuera este encargo, por repugnante que haya sido para mi corazon el hacer la guerra á mis paisanos y á mis amigos, yo no podia ni debia dejar de dar cumplimiento á las órdenes del Rey, y en esta parte juzgo que no habrá persona alguna que sea imparcial que lo haya reprobado.

Comprometido pues á dirigir esta infáusta guerra, yo la hice con toda lealtad, pero sin encarnizamiento. Díganlo los que han

estado á mi lado, y díganlo tambien los mismos que se hallaban en S. Fernando; digan si han advertido en los parages donde yo he mandado, providencias que hayan hecho mas odiosa la naturaleza de la guerra. En esta parte me refiero gustoso al testimonio de los que eran mis enemigos.

En las muchas cartas que he escrito á la Corte confidencialmente desde que tomé el mando del Ejército, para que fuera el Rey instruido de mi modo de pensar sobre las ocurrencias del dia, he dicho constantemente que era necesario una medida política general, que comprendiendo á toda la Nacion, calmara los ánimos, uniera las voluntades, y reformase los abusos. Estas cartas se habrán visto, así lo creo, en las juntas de Ministros, y yo tuve noticia de que el ánimo del Rey estaba dispuesto á variaciones simultáneas, lo cual me consolaba y daba esperanza de que en breve se veria renacer la felicidad á que es llamada, y de la cual es merecedora nuestra Patria. El mismo dia 6 de Marzo, en que S. M. expidió el decreto de Córtes en Madrid, escribí yo en el Puerto de Santa María una carta al

Ministro de Estado, manifestándole que conociendo cada dia mas la necesidad de una providencia general, juzgaba muy oportuno que S. M. reuniese los Diputados de Córtes, si no fuese para celebrarlas, para consultar á lo menos si el estado de la Nacion exigia que se juntasen, y en tal caso que se procediese á su convocacion. Tal era la disposicion en que me hallaba, y tal mi deseo de poner término á los males que nos agitaban por medio de la representacion Nacional, lo cual me parecia que era lo único que podia salvarnos, segun el estado á que habiamos sido conducidos.

El dia 7 me escribió el Capitan General de la Armada, y me envió á un Oficial de graduacion el cual me informó de lo acaecido en Galicia: (yo lo sabia tambien por la correspondencia del Ministro) me mostró noticias de lo que habia ocurrido en Murcia, y de que se esperaban iguales novedades en Zaragoza y Valladolid: sobre lo de Murcia habia yo recibido un impreso de Granada, en que se copiaba una circular del Corregidor de aquella Ciudad manifestando que aunque habian entrado en el pueblo como

doscientos ó trescientos hombres de las aldeas inmediatas una mañana antes de hacerse de día publicando la Constitucion, viendo que durante él no se les reunian las gentes de aquella poblacion, la habian abandonado por la tarde, y las Autoridades legítimas se habian restituido al egercicio de sus funciones. Por tanto el suceso de Murcia no le tuve por de consecuencia; y respecto á Valladolid y Zaragoza no se sabia que se hubiesen pronunciado, por este género de novedades : quedaba pues Galicia, de la cual lo único que supe fue, que los Oficiales de la guarnicion de la Coruña habian arrestado al Capitan General, y á las demas Autoridades, y que habia tomado el mando de aquel Reino el Conde de S. Roman.

Me añadió el Oficial que me envió el Capitan General de la Armada, y me lo escribió él mismo, que deseaba que yo me presentase en Cádiz, donde se conocia descontento. Creí que era dimanado de algunas prisiones que se hubiesen hecho, pues este era el asunto que mas habia exasperado antes los ánimos de aquellos habitantes, y como estos me habian dado pruebas de afecto, por ha-

ber visto en mí disposiciones para mitigar la amargura de algunas familias de los desterrados; le contesté que iria á Cádiz, no al dia siguiente 8, sino el 9, si no ocurría novedad que me lo impidiese. Asi lo verifiqué, y cuando atravesaba la bahía vino á mi encuentro el mismo Gefe enviado por el Capitan General : le pregunté si tenia comision para mí : me contestó que sí, y se trasladó á mi falua; pero no me pareció conducente hablarle del asunto que tenia cometido, porque no era posible sin que fuese entendido de muchas personas que me acompañaban. Por esto, y por estar no lejos de tierra, no le hice pregunta alguna. Luego que salté en ella pasé á casa del Capitan General como lo acostumbraba : le pregunté las novedades que habia, y me dijo que una parte de la Escuadra estaba conmovida; que pedia que luego, luego, se publicase la Constitucion, y me añadió que contaban con tres batallones de la guarnicion. Pregunté al General de las tropas, que se presentó á poco rato que supo mi llegada, sobre el espíritu que reinaba en ellas, y me contestó que no advertia novedad, y se hallaban dis-

puestas á obedecer á sus Gefes; que no creía que los tres batallones estuviesen en el sentido que se les atribuía : quise hablar á los Oficiales de la Armada, que habian venido con la solicitud de que se publicase la Constitucion; pero sea que no los hallasen, sea que no se atreviesen á presentarse, que fué lo que me digeron, yo no pude lograr verlos.

Salí despues á la plaza de San Antonio, acompañado de los Generales, y salí con el único obgeto de que el pueblo me viese, y de recibir á las personas que se tuviesen por agraviadas, y tuviesen que hacerme alguna representacion para calmar sus ánimos, y administrarles justicia; mas para determinar lo conveniente á cerca del espíritu público, y conocer el verdadero estado de él, ya se habian citado á junta todas las Autoridades, así civiles, como militares y eclesiásticas, la cual se habia de celebrar á las siete de la tarde. Permanecí en la plaza de San Antonio hasta las dos que pasé á mi casa, y en ella me digeron que muchos Oficiales y personas del pueblo habian manifestado en la plaza su alegría por la inmediata publicacion de la Constitucion, pues se esparció en-

tre unos la voz de que yo habia ido á Cádiz expresamente para esto, y entre otros, que era por orden de S. M. Esto me dijo despues por la noche el reverendo Obispo. Cuando me retiré de la plaza de San Antonio fueron á cumplimentarme varios Oficiales, y los de Artillería me pidieron permiso para romper la salva: no conocí por entonces que era con el obgeto de la Constitucion, y creyendo que era un puro obsequio que querian hacer por mi entrada en la Plaza, les contesté que no habia entrado en público, y que todo ruido podria causar alboroto entre las gentes, cuyos ánimos se hallaban exaltados; mas á poco rato advertí por las contestaciones é instancias que me hicieron para que me declarase por la publicacion de la Constitucion, que era por esta causa la salva que pretendian. No obstante yo calmé por entonces sus inquietudes, haciéndoles ver lo aventurado de este paso, cuando no sabiamos bien lo que deseaban las demas Provincias de España, y cuando me faltaban partes de la Corte en los dos dias anteriores.

Serian las cuatro de la tarde cuando entró en mi casa el Capitan General de la Ar-

mada y el General de las tropas, con otras personas y sus Ayudantes. Todos me digeron que la efervescencia del público era grande, y convinieron en que era de necesidad tomar un partido conforme á sus deseos. Pregunté al General de la division por el modo de pensar de las tropas, y me contestó que no advertia novedad, y las creia en el mismo sentido que me habia dicho por la mañana, añadiéndome que eran tan extraordinarias las cosas que advertia, que tal vez padeceria equivocacion. Instábanme todos por la prontitud con que convenia pronunciarme, pues la hora de las cinco me digeron era la señalada para el alzamiento. Eran las cuatro y media, y como yo tenia dispuesto que las tropas permaneciesen en sus cuarteles, salí acompañado de todos los que en mi casa se hallaban para ver si podia calmar las gentes que se habian juntado en la plaza de San Antonio, y pasar despues á los cuarteles, y hacer lo mismo con la tropa, si hallaba en ella síntomas de fermentacion en cualquier sentido que fuese.

Apenas entré en la plaza de S. Antonio se vino á mí un inmenso pueblo, y cuando

me disponia para hablarle, me saludó y me pidió con grande acaloramiento la *Constitucion*: Conocí bien todo el peso de la situacion en que me hallaba. Como General, estaba á la cabeza de un Ejército que hacia la guerra contra los que primero habian manifestado estas opiniones; y como Ciudadano Español deseaba en el Gobierno las reformas saludables que reclamaba la felicidad de mi Patria. Mi honor se veía comprometido á reusar lo que el pueblo deseaba, y este no era posible que volviese atras, despues de dado el primer paso, con tan marcada decision. Me propuse ver si podia conciliar tan contrarios extremos é hice señas de que queria hablar; y despues de largo rato que hubo de tardarse para acallar el bullicio, lo conseguí. Hice presente al pueblo que nunca querrian separar sus intereses de los de la Península, y que el declararse tan abiertamente era muy aventurado, no sabiendo bien si las Provincias entraban en tales novedades. Se renovaron las voces de *Constitucion*, y era lo único que se podia entender en aquella confusion. Hice de nuevo señales de que deseaba hablar, y aunque costó mucho tiempo y dificultad el

conseguirlo, todavía pude lograrlo. Entonces representé al público, que la ignorancia en que estábamos de lo que pasaba en lo restante de la Nacion, no podia ser duradera: que hacia dos dias que no recibia comunicaciones de la Corte: que se aguardasen otros dos, no mas, para dar cumplimiento á sus deseos. Si hubieran accedido á esto, se hubiera recibido el Real decreto del 7, á tiempo de que todo se hubiera hecho con la Real Autoridad, y se hubieran evitado gravísimos males: mas el pueblo habia manifestado de tal modo su voluntad, que no era posible que accediese á diferir un solo momento la realizacion de sus deseos. Se aumentaron pues las voces de la *Constitucion ahora, ahora*.

No veia que me quedase mas que hacer en cumplimiento de mis deberes: pude haber preferido mi pérdida; pero con ella no se hubiera conseguido otra cosa, que el aumento de los desastres dentro y fuera de la plaza. Hice señas de que daba mi asentimiento á las pretensiones que tenian: me pusieron en la mano un libro de la Constitucion, y en seguida fueron á poner la inscripcion en el parage donde antes estuvo colocada la lápida.

Entretanto me condugeron los que me rodeaban á un balcon, desde donde hablé varias veces al pueblo, no ya con otro desig-
nio que el de persuadir el órden, y evitar los males que podia producir la demasiada agi-
tacion en que las gentes se hallaban; y en-
vié uno de mis Ayudantes al Egército para instruirle de lo que habia ocurrido.

Era ya entrada la noche, y cuando lo permitió el bullicio me trasladé á mi casa, y en seguida á la comision de reemplazos que estaba avisada para tratar del socorro de el Egército; pero esta Junta no era relativa á las novedades ocurridas, ni tenia conexion con ellas. Restituido á la casa de mi aloja-
miento, fueron muchas las solicitudes que se me hicieron, y concedí todas las que tenian relacion con el nuevo órden público que se habia establecido. Entre otras cosas se me pidió que se abriera la comunicacion con la Ciudad de S. Fernando, y me digeron que el Gefe de aquella tropa estaba dispuesto á recibir mis órdenes: contesté que enviase persona que las recibiese, y este origen tuvo la venida de los Oficiales que el dia siguiente se vieron, sin poderlo evitar, en grande peligro.

Siguiéronse algunas disposiciones para la funcion del dia siguiente en que habia de publicarse la Constitucion con las formalidades y solemnidad que se publicó el año de 1812: se hizo una Proclama que habia de fijarse como edicto, para la conservacion del órden y tranquilidad pública, y se tomaron otras providencias, que muchas de ellas no recuerdo. El pueblo manifestó mucha alegría; pero no tuve noticia de que se cometiese especie alguna de desórden en el discurso de aquella noche. Para mí no fue satisfactoria. Incierto sobre la influencia que tamaña novedad debia de causar en la Nacion, é inquieto por el riesgo en que aquellas circunstancias habian puesto á mi opinion, yo quedé entre las ansiedades que eran consiguienes, y que se pueden sentir mejor que explicar. En tal estado me hallaba cuando amaneció el funesto dia 10.

En su mañana se hizo saber al público la funcion que estaba preparada para la hora de las 12, y se tomaron otras disposiciones relativas á este objeto. Yo me ocupé en oir y determinar asuntos que sobrevenian de continuo: firmé los edictos, que ya se habian

impreso : hablé con los Gefes de los Cuerpos sobre el estado en que se hallaba la tropa; y aunque no me dieron noticias alarman-tes, me significaron algunos que en los bata-llones del General y de la Lealtad tenian en-terendido que habia inquietud; mas como des-pues entrase en mi casa el Comandante del batallon del General, y le preguntase por el espíritu que reinaba en el batallon, me res-pondió que no tenia otro espíritu que el de obedecer lo que se le mandase. Con esto, y con estar en los cuarteles todos los Gefes, el General de la division y los Oficiales de su plana mayor, parecia que no debia recelarse movimiento alguno por parte de la tropa.

Pasaron á Cádiz los Oficiales de S. Fer-nando, que venian á tratar sobre el modo de abrir la comunicacion, y de la buena ar-monía que entre todos debia de reinar en adelante; y estando en esta discusion entró el Teniente de Rey diciéndome que la tropa habia empezado á hacer fuego sobre el pue-blo, y al punto oí en las inmediaciones de mi casa los tiros con bastante viveza. No era asunto para mí de deliberar : me propuse en el momento salir, y evitar los males que iban

á suceder : así lo hice : me llevé mi guardia, y dije á los Oficiales de S. Fernando que se retirasen. Uno de estos Oficiales me ha dicho despues que esta palabra fue su salvacion, porque habiéndose ocultado, no cayeron en poder de la tropa, como infaliblemente hubiera sucedido. Ignoro pues cómo puedan equivocarse mis sentimientos á vista de este testimonio. Si yo hubiera autorizado el exceso, no hubiera disminuido sus efectos.

Por medio de las balas pude llegar á la plaza de S. Antonio, donde encontré una parte del batallon del General haciendo fuego á las entradas de las calles, y al momento llegó tambien la parte restante. Las voces de *viva el Rey* eran las que se oian en todos los soldados : ninguna otra cosa hubiera sido bastante para reunirlos y encaminarlos á los cuarteles de la Puerta de Tierra, que fue lo que me propuse. Los hice formar, y poniéndome á su cabeza, juntamente con el Comandante de Artillería de la Plaza, y algunos Oficiales de esta arma que me acompañaban por hallarse en mi casa cuando principió el fuego, marché á son de caja á los cuarteles de la Puerta de Tierra, sitio que lla-

maban en Cádiz Cuartel general, porque en uno de sus pabellones habitaba el General de la division; no porque fuera el Cuartel general del Ejército, como equivocadamente han creído algunos, mal enterados de estos sucesos, pues mi Cuartel general estaba en el Puerto de Santa María.

Al paso me ocupé en conservar la union de la tropa, impidiendo por este medio que separándose por las calles y casas, se diesen á aumentar los desórdenes que ya iban cometiendo las partidas que marchaban por las calles de los flancos, cuyas partidas no pude yo recoger, porque estando ya difundidas cuando llegué á la plaza, se hallaban á distancia muchas de ellas, y era conveniente no detener la marcha del batallon para aprovechar el momento en que estaba dispuesto á hacerla, y no dar lugar á que separándose se aumentasen las partidas sueltas, ó se separasen otros soldados que fingiéndose parte de ellas, agravasen los males que ya estaban padeciendo los vecinos. Todos los que iban á mi lado en esta ocasion dirán que yo iba haciendo señas con el baston á cuantos veía en los balcones de las

casas, en las calles por donde pasé, para que se retirasen, á fin de no exponerlos al fuego que podian hacer algunos soldados de este batallon, de entre los cuales salian á veces tiros. Si yo hubiera tenido parte en esta escena horrorosa; si yo la hubiera consentido; si yo, como ha dicho algun Periodista, hubiera refugiádome al Cuartel general, dejando á Cádiz entregada al furor de los soldados, no hubiera tenido esta conducta. Fuí, es verdad, al Cuartel general de la division de tropas que guarnecía á aquella Plaza; pero fuí al frente de la tropa que reuní para recogerla, y para evitar el mayor estrago que este número de soldados podia haber causado si no se hubiese reunido. Mi obligacion era hacer menores los males que no podia evitar, y juzgo que no habrá en Cádiz persona alguna razonable que contradiga lo que sobre este asunto llevo expuesto. Esta verdad se manifestará claramente tambien en la causa que S. M. ha mandado formar, y que yo he pedido con repeticion y con encarecimiento. En ella se verá si yo pude sospechar el triste suceso del 10 : si durante aquellas circunstancias pude manejarne de otro modo;

y tambien si disminuí ó nó quanto pude los desórdenes á que se entregó la tropa.

Quando llegué con la que llevaba á los cuarteles de la Puerta de Tierra, ví que lo restante de la guarnicion estaba formada en los terrados, las puertas y rastrillos cerrados, y todos en ademan hostile, decididos acaloradamente contra la Constitucion, y en favor únicamente del Rey. Entré en los cuarteles, subí á los terrados, hablé á todos los Cuerpos batallon por batallon, y advertí en ellos tanto acaloramiento y empeño por la causa que habian abrazado, que no era posible hablarles en otro sentido, si se habia de trabajar en conducirlos por el camino de la subordinacion y disciplina. Estas virtudes militares, que son el fundamento de la autoridad de los Gefes, si una vez llegan á faltar, imposible es que se pueda dirigir la tropa; y los que mandan deben saber hasta qué punto ha de llegar su tolerancia en casos como este, para no perder del todo sus derechos, y recobrarlos tan pronto como se pueda, á fin de evitar una disolucion militar, mas fácil y temible en los Egércitos que en cualquiera otra parte, restituyendo al soldado á la sen-

da de donde se separó para llevarlo á la razon y á la justicia.

Luego que llegué á los cuarteles hice salir al Regimiento Provincial de Sevilla, que daba el servicio aquel dia, para que formando un reten de la fuerza que le quedaba libre, y situándole en la plaza de S. Juan de Dios, enviase patrullas que recorriesen la Ciudad, y recogiesen los soldados que andaban sueltos cometiendo desórdenes : dicho Regimiento permaneció en este servicio hasta cosa de las cinco de la tarde, sobre poco mas ó menos, que fué relevado por otro.

Entretanto me situé yo en el pabellon del General Comandante de la tropa, y llamé los Oficiales por Cuerpos para manifestarles que eran dignas de alabanza sus intenciones, siempre que fueran acompañadas de la disciplina, sobre cuyo punto debian trabajar incesantemente, y reprimir los desórdenes que ordinariamente acaecen en casos como el que nos hallábamos. En esta ocasion advertí que algunos me hacian cierta especie de reconvencion sobre mis acciones del dia anterior, lo cual me dió á entender que mi autoridad era precaria, y mi situacion

muy crítica. Esta reflexion me indujo á hacerles una exposicion breve de lo que habia ocurrido, de la imposibilidad en que habia estado de reusar lo que el pueblo tan fuertemente habia querido, y concluí con intimarles que no estando yo acostumbrado á mandar tropa que tuviese de mí desconfianza, estaba pronto á resignar el mando en la persona que ellos eligiesen; pero que si yo habia de mandar habia de ser sin réplica ni reconvencion alguna. Fácil será conocer que las circunstancias en que me hallaba no me daban lugar á tomar un partido que impusiese y castigase una falta de respeto á mi autoridad, cuya gravedad bien claro estaba que no podia ocultárseme. Se me presentó el Coronel del batallon de la Lealtad pidiéndome en nombre de los Oficiales el arresto de los de Artillería, como sospechosos que eran á la guarnicion, y aunque le contesté que no tenia motivos para decretarlo, y que hasta que estuviese cerciorado de ellos, no podia convenir en aquel, volvió á poco rato con la misma solicitud : el Comandante de la Artillería me hizo presente que estaba pronto á sufrir el arresto que se pedia con

todos sus Oficiales, hasta que se averiguase su conducta y la de ellos. Cuando me repitió dicha pretension el Coronel de la Lealtad, imaginé que los Oficiales de Artillería podian estar expuestos á una tropelía de parte de la tropa si no contemporizaba con sus pretensiones, y para quitar todo motivo que pudiera renovar sucesos desagradables, le llamé, y le dije que era necesario se constituyese en arresto con sus Oficiales, hasta que hecha la averiguacion correspondiente se procediese en justicia.

En esta situacion, y en el pabellon mismo en que tenian lugar estas ocurrencias, á la vista de aquellos que las producian, se hizo el oficio de fecha del 10, que tanto se ha acriminado en los papeles públicos, dando cuenta al Ministro de la Guerra del acaecimiento de aquel dia. Si la *satisfaccion mia*, que expresa el citado oficio, hubiera sido relativa á los excesos que cometió la tropa, no diria en seguida en aquel papel, *que atravesando por calles y plazas habia podido contener aquella leal tropa, que frenética por acabar con los tumultuarios, disparaba en todas direcciones, y sobre todos los grupos.*

El que tiene satisfaccion en una cosa, lejos de procurar impedirla, la fomenta y se entrega á aquello que lo produce. Mi satisfaccion estaba en quedar deshechos los efectos del movimiento popular, cuando yo no podia darle otro caracter, ignorando, como ignoraba, lo que ocurría en la Corte, y en lo restante de las Provincias del Reyno.

El noble y justo egemplo que yo deseaba que siguiese la Ciudad de Sevilla, no seria el de las muertes y robos que tuvieron lugar en Cádiz, porque encargándolo á su Gobernador, era claro que no habia de incitarlo al desórden. Por otra parte, en Sevilla, si se habia publicado la Constitucion, no habia sido por un movimiento popular, sino en virtud de oficio que yo envié, en el cual tampoco prevenia que se publicase, sino que daba cuenta de lo ocurrido en Cádiz la tarde del 9. Por el contenido de este oficio bien conoció el Gobernador de Sevilla la situacion en que yo me hallaba al escribirlo: publicó la Constitucion; pero fué porque el pueblo lo pidió luego que se supo lo ocurrido en Cádiz. Nada de esto podia yo saber en aquella Plaza el dia 10, y así mi oficio de esta

fecha al Gobernador de Sevilla, no podia tener otro obgeto, sino que en el caso de que se hubiese publicado la Constitucion, se procurase anular este acto en vista de lo ocurrido en Cádiz, y en el caso de que nó, se suspendiese el proceder á ello.

Explicado esto, bien se conocerá el sentido en que decia, *que no queria privar á S. M. de una satisfaccion tan lisongera*. El caracter bondoso del Rey es tan conocido, que no sé cómo ha podido darse una significacion tan violenta á estas expresiones como le ha dado un Periódico. Un Rey nunca puede tener satisfaccion en aniquilar sus pueblos, ni en exterminar sus vasallos; pero debe tener satisfaccion en reprimir un tumulto, en contener un alboroto, y en conservar el órden establecido. Que no se pierda de vista que el tiempo en que acaecieron estos sucesos no permitia que se supiese nada de lo que estaba pasando, ó habia pasado poco antes en Madrid y en otras partes, y se advertirá que si S. M. no hubiera tenido por conveniente al bien de su pueblo jurar la Constitucion de la Monarquía, la noticia de que una Ciudad de la consideracion de Cá-

diz, separada de su Gobierno el dia anterior, habia vuelto á entrar en él, no podia menos de serle satisfactoria, aunque sí muy sensible para su paternal corazon, el que por este motivo se hubiesen cometido muertes y otros excesos, que sin duda hubiera S. M. castigado, segun las leyes, en los autores de tales crímenes. Bien conocerá el público imparcial, que este y no otro es el sentido natural del oficio del 10, que escribí, como he dicho, en la crítica situacion que he pintado, donde aunque nombré un Oficial de la Plana mayor que lo llevase, se me presentó otro para que fuera el conductor nombrado por los mismos Oficiales, instándome el Ge-fe arriba citado, en términos que no me pareció prudente en aquella ocasion el reusarlo. Pero lo que mas asegura el conocimiento de mis intenciones á cerca del contenido de este escrito, es que habiendo llegado á Sevilla el Oficial que lo conducia, y sabiendo allí las novedades ocurridas en Madrid en los dias 6 y 7, no siguió adelante, y se restituyó al Puerto de Santa María el 12 á las cuatro de la tarde, y puso en mis manos el oficio que llevaba, dándome noticia de todo lo

que sabia, y del motivo por qué no habia seguido su viage. Serian las cinco de la misma tarde cuando yo recibí el correo extraordinario en que se me comunicaban oficialmente los Reales decretos del 6 y del 7. De forma que teniendo en mi poder el referido oficio del 10, no quise de ningun modo suprimirlo, ni variar sus cláusulas, y lo remití tal como lo escribí en los Pabellones, dirigiéndolo en el parte de aquella noche del 12. Cuando no hubiera otra prueba de la pureza de mi conducta, y de la verdad y franqueza con que procedia, juzgo que bastaria esta para desarmar á mis enemigos.

Permítaseme aqui hacer una observacion sobre el fin que se han debido proponer al publicar este oficio. Yo le remití, como he dicho, en el parte del 12. No solo iba en el mismo parte, sino bajo la misma cubierta. Este parte contenia que habia recibido el Real decreto del 7, por el cual S. M. se habia decidido á jurar la Constitucion : que desde luego habia dispuesto que se imprimiesen los egemplares necesarios para circularlo á los Pueblos de la Provincia, y á las Divisiones del Ejército : que habia pasado á los

Gefes los correspondientes oficios para que estuviesen prevenidos, y dispusiesen el ánimo de la tropa. Añadia, que habiéndome hecho presente los Gefes de la Plaza de Cádiz que los batallones del General y la Lealtad estaban aun exaltados, y que el pueblo los miraba con horror por haber provocado la escena del 10, les habia autorizado para que consultasen el medio de sacarlos de la Plaza lo mas pronto posible, y remitirlos al Ejército. Este oficio que manifestaba al público, no solo mi pronta obediencia á los Reales decretos, sino tambien las providencias que habia tomado para impedir otra catástrofe, no se ha glosado en el Periódico: se escogió para esto el otro que interpretado podia hacerme parecer culpable á los ojos de aquellos que no estan bien impuestos en las ocurrencias. ¿Es esto proceder con aquella imparcialidad que merece la opinion de los hombres puestos en autoridad? El público decidirá.

Luego que fué restablecida la tranquilidad de Cádiz en la tarde del 10, y que el Coronel del Provincial de Sevilla, ya relevado de su servicio, me dió parte de estar todo

sosegado, me trasladé á mi Cuartel general del Puerto de Santa María á donde llegué de noche, y me propuse pasar al dia siguiente á la línea que formaba el Ejército para enterarle de las pasadas ocurrencias, impedir la desunion que era de esperar, habiéndose pronunciado muchos abiertamente por uno y por otro partido, y apagar, si fuese posible, las animosidades que no podia dejar de haber con tan extraordinarias vicisitudes, y que son tanto mas fuertes, cuanto mayores los intereses que las producen. Fuí en efecto á la línea el dia 11, y hallé á la tropa y á la mayor parte de los Oficiales en el mismo sentido que á la guarnicion de Cádiz. Junté los Gefes de una de las Divisiones que estaba campada: les manifesté todo lo que en aquella Plaza habia pasado en los dias anteriores, y les exorté á que hiciesen los mayores esfuerzos por conservar la union y la disciplina de sus Regimientos. Me lo ofrecieron así, y lo cumplieron exactamente, pues aunque hubo algunos que daban cuidado en los batallones, por la claridad con que habian manifestado sus opiniones, y que por ello estaban muy comprometidos, su número compa-

rado con el todo del Ejército, era demasiado corto para que pudiese causar alteraciones. Se notaba en el soldado mucho acaloramiento y empeño por mantener la Autoridad del Rey, y se le veía dispuesto á emprenderlo todo por esta causa. Cuando se reflexiona, que habia sido conducido á hacer la guerra para este fin, no se pueden extrañar estas disposiciones.

En el dia 12 recibí extrajudicialmente, primero, y despues de oficio, los Reales Decretos del 6 y 7 de Marzo. Una novedad semejante, que precisaba comunicarla á la tropa, requería mucho cuidado para que no causase turbaciones. Tampoco podia dilatarse su comunicacion, hasta tomar el tiempo necesario para disponer á ella al soldado, porque si este la hubiera entendido del pueblo, antes que de sus Gefes, habia riesgo en que no dándolas crédito, se originasen disgustos de consecuencia. Resolví pues pasar oficios á los Gefes, para que con maña fuesen difundiendo la voz de que S. M. se habia decidido á jurar la Constitucion, porque creía que así era conveniente para el bien de sus pueblos: hice imprimir muchos egemplares de dichos

Reales Decretos para comunicarlos al Ejército y á la Provincia, y me propuse marchar al dia siguiente á la línea, para que viéndome la tropa, no dudase de que por mi conducto era circulada la órden, pues corrió la voz de que yo estaba arrestado en el Cuartel general, y algunos Gefes me lo hicieron saber, cuya falsa voz perjudicaba mucho para el fin de que la tropa diese crédito á los expresados Reales decretos. Al ir el dia 13 á la línea, me encontré el Ejército tan decidido por el Rey, y contrario á la Constitucion, que llegué á desconfiar de que pudiese dar ascenso á las verdades que se le iban á anunciar : no habia partida, guardia, ni aun soldado suelto de cuantos encontré en el camino, que no corriese á mi encuentro dándome la voz de *viva el Rey*. Lo mismo hizo un batallon que estaba formado en Puerto Real, y en general este era el espíritu que dominaba en la tropa. Mi cuidado al llegar á la línea fué juntar los Gefes, manifestarles la certeza de los Reales decretos, confirmados tambien por otras noticias particulares, y estimularles á contribuir al órden, persuadiendo á la tropa de la certeza de lo

que era ya urgente comunicarle. Los Gefes me mostraron la mejor disposicion por su parte para cooperar á tan laudables fines; pero desconfiaban de que tan pronto se pudiesen alterar las ideas del soldado, convertidas entonces en sentido contrario. Decian, que como habian experimentado haber salido falsas algunas órdenes que se habian circulado, y recientemente una para poner sobre las armas los Cuerpos Provinciales, era de creer que esta fuese de la misma naturaleza. Yo llevaba conmigo las Reales órdenes originales como las habia recibido, y aunque todos me hicieron el favor de no poner la vista en ellas, quise sin embargo que las reconociesen á ver si encontraban en la firma, en el papel ó en la letra del contexto algun motivo que diese ocasion á duda. Convinieron algunos, que á pesar suyo las examinaron, en que no habia razon para dudar, y todos en que aunque estaban muy ciertos de la realidad del hecho, no lo estaban de poder persuadir á la tropa; no obstante, me separé de estos Gefes, dejándolos enterados de la necesidad que habia de que trabajasen incesantemente en un asunto del cual dependia la union del Ejército, la conservacion de su disciplina, y la extincion de un gérmen que po-

dria conducirnos á una guerra civil desoladora. Todo el dia 14 trabajaron estos beneméritos Gefes mas de lo que se puede explicar en preparar el ánimo del soldado, y lograron por fin que se comunicasen los Reales decretos, sin que esta novedad causase efectos contrarios al órden y disciplina; pues el Ejército se mantuvo sin alboroto, desercion, ni otros males que habia fundamento para esperar. Todo el honor de este suceso se debe al zelo activo que emplearon los Generales de las Divisiones, los Brigadieres y los Gefes de Cuerpos de todas clases. Cuando no tuviesen dadas otras pruebas de su amor al Rey y á la Patria, y del interes que se toman por el buen estado y disciplina de sus Cuerpos, esta sola bastaría para hacerlos dignos del agradecimiento de la Nacion. Habia yo mandado desde el dia anterior la marcha de la primera division, de la Brigada de Carabineros Reales, y de seis piezas de artillería; tenia para este movimiento un obgeto militar; pero me propuse el doble fin de no mantener tan inmediatas las Divisiones, para evitar si por acaso saltase alguna chispa producida por el descontento, que hallase menos materia en que cebarse. En estos dias críticos recibí la órden para que el Ejército jurase la Constitucion : la suspendí, porque es facil co-

nocer los malos efectos que hubiera producido si la hubiese comunicado estando la tropa en tales disposiciones. Los que conozcan lo que es un Ejército, y lo que influye la fuerza de la opinion sobre las acciones humanas, hallarán que esta suspension fué un medio que tomé para que el juramento se pudiese verificar mas pronto, como en efecto se verificó. La guarnicion de Cádiz fué la primera que segun me escribió su General, estaba resuelta á obedecer los Reales decretos con la sumision debida, lo cual me sirvió para disponer á las otras, pues dicha guarnicion era la que estaba mas comprometida, como se ha manifestado.

Todo permaneció en tranquilidad en los dias sucesivos. La primera division, las seis piezas de artillería y la brigada de Carabineros Reales hicieron alto en Utrera, Alcalá de Guadaira, el Viso y Mairena. La segunda iba relevando con sus batallones los de la guarnicion de Cádiz, y esta se situaba en la Costa para volver á formar el cordon de sanidad, segun me proponia. El 18 me pareció ya que se podia sin riesgo dar la órden para que el Ejército jurase la Constitucion, y los batallones de Cádiz la juraron el 19, la segunda division el 20, y la primera, como mas distante, el 21. No hubo entonces ni ha habido

despues en el Egército fundado motivo de sospechar inquietudes mientras yo estuve á su cabeza.

Esta es la relacion exacta de los acaecimientos de Marzo en el Egército reunido de Andalucía, cuyo mando entregué el 28 del mismo en el Puerto de Santa María al Teniente General D. Juan O-Donojú por Real órden del 20. Acaecimientos que por la mayor parte se acreditarán plenamente en la causa que de órden de S. M. se está formando; mas hasta tanto no me ha parecido propio el dilatar su publicacion para fijar, si es posible, la opinion del público sobre ellos, y vindicar la mia respondiendo de este modo á algunos Periodistas que la han vulnerado, mal enterados de estos sucesos. El juicio de las gentes es para mí de tanta importancia en materias de honor, que solo él me hubiera resuelto á hacer este pequeño escrito, porque no acostumbrado á esta ocupacion, me es bastante trabajosa. Por tanto, cuento con la indulgencia del público sobre el modo como va hecho este papel, que solo por las verdades que contiene, y por el interes de los asuntos que trata, puede ser leído.

Carmona 4 de Abril de 1820.

Manuel Freyre.





